



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris
Causa" por la Universitat de València a
Iñaki Gabilondo Pujol

Discurso de aceptación

Valencia, 3 febrero de 2012

EL HONOR QUE ME HACE ESTA UNIVERSIDAD ME abrauma. Su historia, su prestigio, la inmensa sabiduría aquí concentrada pesan tanto que sólo su generosidad ha podido encontrar un pliegue que pueda acomodar la simple vida profesional de un periodista. Pero supongo que su decisión tiene una anchura mayor que el reconocimiento personal. Al menos, así lo entiendo. Y, en cualquier caso, así lo recibo. En nombre de la Radio, en nombre de los compañeros y compañeras que, en las últimas décadas, desde la llegada de la democracia, han transformado un medio sólo popular, cálido y familiar en una referencia social y política de primer orden, sin perder su condición de medio popular, cálido y familiar. Sí formo parte de esa generación, y me siento muy orgulloso de haber contribuido a su ascenso a la primera división informativa. Pero fuimos muchos. Y es un honor representarlos hoy en este acto.

Podría contarles con bastante detalle lo ocurrido en estos últimos cuarenta años en el periodismo español. Pero no soy capaz de intuir siquiera las próximas etapas. Esta actividad, como todas las demás, vive bajo el rayo de la crisis. Pero, además, está afectada de forma directa por el impacto de las nuevas tecnologías, que han colocado al borde del abismo el modelo de negocio en el que históricamente se sustentaba. Esta doble sacudida está teniendo repercusiones económicas muy graves, como es sabido. Pero, aunque esto es menos sabido, está afectando también a la sustancia misma de la comunicación, desde el momento en que toda la energía de las empresas, y casi toda la creatividad de sus directivos, están dirigidas obsesivamente a intentar cuadrar las cuentas. La consecuencia paradójica es que los medios se pasan el día contando, contando números, anunciantes, espectadores, lectores, oyentes, pero apenas tienen tiempo para pensar en qué hay que contar, y por qué, y cómo. De este desequilibrio se derivan muchos de los desvaríos que la sociedad observa en algunos medios de comunicación, y que corren el riesgo de ser aceptados como verdades profesionales.

Si perder el norte es peligroso en cualquier circunstancia, más lo es cuando, como ahora, se viven cambios incesantes y vertiginosos. Va todo tan aprisa que casi nos parece imaginable la velocidad a la que viajamos por el espacio, a cien mil kilómetros por hora. Y estamos tan aturdidos que casi percibimos nuestro movimiento sobre el eje de la tierra, a

cuatrocientos metros por segundo. No son datos más difíciles de creer que el crecimiento exponencial de la población mundial. Hoy van a nacer 219.000 niños; mañana, otros 219.000; y el otro, otros tantos; y el otro ... Y en territorios a los que no estamos prestando la debida atención -la tecnología, la informática, la biología, la genética, la inteligencia artificial, la medicina- se están dando pasos llamados a transformar nuestro mundo, nuestra sociedad, nuestra mente. Todo ello, además, en un planeta que ya no tiene puertas ni ventanas. La globalización permite la circulación de todos los vientos en todas las direcciones, lo que provoca un sinnúmero de remolinos que han desestabilizado nuestras estructuras y lo que quedaba de nuestras certezas. Sobre ese oleaje ha ido apareciendo un monstruo, un superpoder financiero, ante el que -al menos hasta el momento- se están inclinando las democracias, al tiempo que las naciones, referencia europea de hogar desde hace dos siglos, ceden soberanía a embriones de estructuras superiores. No sé si añadido a lo dicho o como consecuencia de lo dicho, para componer la tormenta perfecta, estalla la crisis. Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, habla de “un haz de crisis”, económica, cultural, educativa, moral, que se tropiezan unas con otras, se enredan, se ponen la zancadilla, pero que, en definitiva, son distintas caras de un mismo poliedro. No es preciso dar muchos detalles de este proceso, que más parece una alucinación. Cada uno de nosotros lo está

viviendo. La sociología y la psicología están estudiando con detenimiento este tiempo y sus estupores. Un estudio universitario elaborado en París nos permitió conocer que un alto porcentaje de ciudadanos con medios y altos cargos de responsabilidad (altísimo en los mayores de cuarenta años) teme no estar preparado para gestionar tanta complejidad, duda de su capacidad y cree que hoy se requieren unas destrezas que domina a medias. Una inquietud que cada uno vive en secreto, como una especie de impostura que intenta ocultar, sin saber que a todos les pasa lo mismo.

Así las cosas, en territorio tan sumamente resbaladizo, cambiante, incontrolable, el oficio del periodista se llena de interrogantes.

¿Cómo saber qué contar, cómo saber lo suficiente para poder contar, cómo saber contar?

Y, por si fuera poco, ¿para qué contar si, en apariencia, todo el saber está a mano con un simple click de ordenador?

Daniel Inerarity, Catedrático de Filosofía Política y Social del País Vasco, se lo plantea en su último libro, “La democracia del conocimiento”. “El saber está en todas partes. A nuestro alcance hay más saber del que podemos saber.”

A mi juicio, aunque todo parece invitarnos a ir recogiendo los bártulos e ir enterrando esta profesión, el periodismo es y va a ser más necesario que nunca precisamente en las actuales circunstancias. Porque ese inmenso volumen de datos a nuestro alcance ha alumbrado una nueva ignorancia:

la del saber sin entender, si puede llamarse saber a lo que no se entiende.

Por otra parte, gran parte de la inmensa avalancha informativa proporcionada por la red procede de fuentes no identificadas. ¿Cómo otorgar crédito a aquello cuya procedencia desconocemos? La fascinación que nos produce tanta novedad tecnológica ha infantilizado nuestro cerebro. Y, en un fantástico movimiento regresivo, otorgamos rango de modernidad y libertad máxima a cualquier mensaje anónimo. No deja de ser paradójico que, en el momento en el que la sociedad exige más garantías a cuanto vaya a afectarle, (por ejemplo, la trazabilidad de cualquier alimento que va a llevarse a la boca, desde el prado en el que pastó el ganado hasta la granja en que se criaron las aves) pueda considerar indiferente el punto de origen de lo que tiene capacidad de determinar nuestras opiniones. ¿Reclamaríamos el descontrol alimentario en nombre de la libertad?

La solvencia, un valor tradicionalmente muy reconocido, lo será más cada día. Los ciudadanos la demandarán en defensa propia. Sean como sean los nuevos soportes, cambie lo que cambie y se invente lo que se invente, los cimientos habrán de ser los mismos que fueron necesarios para construir el viejo periodismo. Si acaso, con una exigencia ética de nivel superior, dado el hecho comprobado de que cuanto más compleja se hace la vida social más crece la desconfianza.

El cinismo, y ese instinto desdeñoso que los españoles traemos

de serie, tiende a tomarse a broma estas invocaciones a la ética, que cree volutas de humo y nada. Pues bien, apliquemos el máximo realismo: si no se sustenta en principios éticos de gran solidez, reconocibles por los ciudadanos, cualquier proyecto periodístico estará condenado a la irrelevancia y se perderá en la gigantesca cacofonía de las voces inútiles. Digámoslo más claro aún: si no reconstruye el vínculo de complicidad con la sociedad, a partir de sus principios más básicos, el periodismo morirá. Entonces sí morirá, y se convertirá en un subgénero de la propaganda, o de la psiquiatría, como la hipnosis clínica, o -en el más leve de los casos- del entretenimiento.

Estos son sólo algunos de los asuntos acerca de los cuales debería estar reflexionando el periodismo. Pero no lo está haciendo. Los innumerables análisis sobre el futuro tratan básicamente sobre modelo empresarial, economía y tecnología. Como si el paso de los años y el terremoto actual no hubiera afectado también a la sustancia misma de la comunicación y no tuviéramos nada que repensar en torno a la naturaleza de esta actividad, su por qué y su para qué, su responsabilidad social, los criterios que rigen nuestra selección y valoración de noticias, los tratamientos y los lenguajes. No podemos estar tan ciegos para no ver que, por deslizamientos mercantiles, políticos, rutinas o por simple efecto de la soberbia profesional, nos hemos ido alejando del único principio periodístico indiscutible mientras

convertíamos la libertad de expresión en un parapeto desde el que disparar con impunidad. Tengo que explicar cuál es ese principio periodístico indiscutible: somos simples gestores públicos (aún desde la empresa privada), como administradores del derecho ciudadano a la información. El compromiso con la sociedad están en la esencia del periodismo, en su substantivo. La rentabilidad y la ideología están en la sustancia de la empresa periodística. La historia ha demostrado que pueden ser compatibles. Pero la crisis presente ha enviado las inquietudes periodísticas al fondo del sótano. Los más jóvenes, incluso, criados en esta cultura del resultadismo, la desesperación contable, e inmersos en la mitificación del éxito, creen oír música gregoriana cuando se les habla del imperativo categórico de los periodistas: el derecho a la verdad de los oyentes, lectores y espectadores. Tenía que explicar este principio periodístico indiscutible. También he dicho que, en ocasiones, convertíamos la libertad de expresión en un parapeto desde el que disparar con impunidad. Pero esto no tengo ninguna necesidad de explicarlo.

La gama temática para un exámen a fondo de nuestro oficio es amplísima. Ofrecemos solamente tres ejemplos de lo que merecería meditaciones profundas. Primera. La desincronía entre los tempos de la justicia y los tempos del periodismo. ¿Cómo hacer compatible el ejercicio informativo -que se juega en minutos- con el desarrollo de los procesos judiciales

-que el garantismo exigible obliga a plazos largos-? ¿Cómo puede sobrevivir la presunción de inocencia? ¿Y el secreto de sumario? ¿Es posible sellar determinados ámbitos o es imposible sustraerlos a la curiosidad pública? ¿Cómo debe comportarse el periodismo moderno?

Segundo ejemplo: ¿por qué contamos lo que contamos y no otra cosa? ¿Por qué, de entre los millones de hechos ocurridos hoy, todos los programas informativos van a seleccionar muy aproximadamente los mismos doce o quince? ¿Cuándo fue la última vez que pensamos en ello? ¿Qué, quién o por qué ha elevado a dogma el juego de rutinas que aplicamos?

Y tercer ejemplo: ¿se puede relatar la complejidad en los medios de comunicación de masas? El ritmo acelerado de vida, la prisa, el consumo compulsivo de todo, también de la información, nos empuja a la simplificación, a la máxima brevedad, al titular, al flash; la batalla con la competencia nos afila y nos fuerza a lo más agudo y punzante. El impacto no busca la razón, la esquivo. ¿Qué hacemos con lo complejo (casi todo lo es)? ¿y qué hacemos sin los matices, sin los cuales no es posible acercarse a la verdad?

He ahí algunos de los muchos territorios a los cuales deberíamos enviar expediciones de exploración, para que cuando las empresas hayan descubierto las nuevas vías de comercialización del periodismo éste aún esté vivo. Por ahora, este tipo de asuntos no figura entre nuestras preocupaciones. Sólo la política se maneja tan de espaldas

a la realidad, repitiendo rutinas susceptibles de apolillarse, si no se han apolillado ya. No es un dato menor que ambas actividades, el periodismo y la política, sean juzgadas por los ciudadanos con creciente severidad. Acusadas del mismo delito: haberse distanciado de la gente, justificarse en ella pero no tener más objetivos que los del gremio, la empresa, el partido. A unos y a otros nos vendría bien recordar que el iceberg que el capitán del Titanic no vio es para nosotros el descrédito. Y que el descrédito ya ha provocado algunas fisuras en nuestra línea de flotación. Sería absurdo exagerar pero sería temerario ignorarlo. Por relajación ética hemos perdido respetabilidad. Y por devaluación técnica viajamos hacia la banalidad en lugar de hacia la excelencia.

Naturalmente, cuanto el periodismo vaya a hacer o deje de hacer dependerá del valor que la sociedad conceda a lo común. La materia prima del periodismo es lo común, ese es el terreno en el que actúa. El destinatario del mensaje es el individuo pero los contenidos versan sobre lo colectivo, lo compartido. La razón de ser del periodismo es acompañar al hombre en su sueño de libertad, en su aventura como miembro de un colectivo de seres humanos libres. Richard Kapucinsky decía que el periodista debía abandonar este oficio si no le importaban los demás. Podríamos decir que este oficio carece de sentido si a nadie le importa nadie, si el individualismo encierra a cada uno en su burbuja, despreocupado del resto. Ya hoy hay indicios de que este

no es un riesgo imposible. Basta comprobar el respeto que nos inspiran los espacios públicos, que creemos que no son de nadie en lugar de creer que son de todos. De modo que, para un periodista, contribuir a que aumente el sentido de lo común es, además de un ejercicio de civismo, un modo de hacer clientes.

Un viejo aforismo de las antiguas redacciones decía: en caso de duda haz buen periodismo. Hoy, cuando la duda es el aire que respiramos, cabe añadir: buen periodismo, rumbo al hombre. Al ser humano, que se nos ha perdido en la hojarasca de las cifras tan llenas de ceros que no sabemos descifrar, en las burocracias y galimatías de la política, de los juegos de intereses y las guerras de poder. El periodismo, apasionadamente abrazado a la peripecia humana, más cerca de la política de las cosas que de las cosas de la política. El periodismo de la vida real, donde no dan risa las causas nobles. El periodismo que se atreva con el relato de la fabulosa transformación del mundo de hoy, y capte a los hombres para el conocimiento de lo que interesa que le interese porque le afecta de forma decisiva: los acuciantes desafíos para nuestro mundo y nuestra especie, desde el cambio climático hasta la escasez de agua, la guerra alimentaria y la emigración. El buen periodismo, que descubra los nuevos grandes narradores para atraparnos en el seguimiento de las portentosas novedades que se están produciendo en el macrocosmos y en el microcosmos, que van a poner del revés nuestra vida. El buen periodismo, para ayudar al hombre en su excursión más maravillosa: de la

consciencia a la conciencia, y del periodismo, la Radio. La hermana segunda que el periodismo impreso, su hermano mayor, culto y urbano, trató en un primer momento como cenicienta pueblerina. La Radio, cuya hermana menor, la televisión, tan luminosa y espectacular, creyó condenada a desvanecerse entre las brumas como una lengua muerta. La Radio sigue vigorosa y rozagante, sostenida en lo que siempre le garantizará un papel de importancia, pase lo que pase y cambie lo que cambie: su condición de medio compatible con cualquier actividad, segunda voz de cuanto el ser humano quiera hacer, compañía en horas, minutos y segundos, como el tic tac de un reloj; tan a ras de vida como la misma realidad; y nacida para la amistad, pues sabe estar en primer plano, cuando se le escucha, y plegarse si molesta, cuando sólo se le oye. La Radio, la apuesta segura de los medios de comunicación, pues su futuro -con las transformaciones que se quiera- lo estabiliza una necesidad humana: la intercomunicación personal.

A ella, la Radio, expreso mi agradecimiento. Me ha permitido vivir en contacto con cuanto ocurría -tantas cosas trascendentes en los últimos cuarenta años- y en contacto con la gente a la distancia más corta posible, a la distancia del sentir a la vez. Y mi agradecimiento a la Radio, finalmente, porque sólo a ella, y a la generosidad de esta Universidad, debo el enorme honor que hoy se me hace.

Muchas gracias.